

*Jubileo de oro de CIMBRA
Noviembre de 2017*

EL MONJE ES UN PEREGRINO

Benito Rodríguez, OSB¹

En camino hacia el claustro...

San Benito huye de Roma... Moisés huye de Egipto: después de haber asesinado al capataz egipcio, tiene que huir del faraón... Jesús se retira al desierto cuarenta días, guiado por el Espíritu, para ser tentado por el diablo... El claustro del monasterio tiene para el monje una resonancia de todo lo anterior: es un lugar donde se retira huyendo del mundo, quizás algo escandalizado, como le ocurrió al joven Benito... quizás huyendo de un crimen, con una culpa que atormenta su corazón... o quizás simplemente buscando a Dios, guiado por el Espíritu, para ser tentado por el diablo... Lo que es seguro es esto último, es decir, que el monje en el claustro del monasterio será tarde o temprano puesto a prueba mediante la tentación... y sólo si persevera en la paciencia, progresando en la humildad y en la fe, entonces verá grandes cosas. Hay dos instrumentos para el buen combate que me parecen fundamentales en este “primer éxodo” hacia el claustro, y para todo el transitar por el claustro-desierto del monasterio: “estrellar inmediatamente contra Cristo los malos pensamientos que vienen a su corazón, y manifestarlos al anciano espiritual” (RB 4,50) y “reconciliarse antes de la puesta del sol con quien se haya tenido alguna discordia” (RB 4,73).

La experiencia que uno tiene del “claustro” es que es un lugar donde uno se retira del mundo, pero no como un fin en sí mismo, o un punto de llegada y definitivo, sino que más bien se trata de adquirir en el claustro algo así como un nuevo punto de apoyo, más sólido y firme, desde donde volver a vincularse con el

1 Abad de la Abadía de la Sma. Trinidad de Las Condes (Santiago de Chile).

mundo, pero desde otro lugar interior... Si antes uno era alterado por el mundo, desde el claustro es el mundo el que podrá ser alterado por el monje... aunque no sea más que de una manera casi imperceptible...

En camino hacia una serena y gozosa conciencia de miserabilidad...

En el monasterio benedictino el camino hacia el Amor es la humildad y la fe... y el primer grado de la humildad es el “temor de Dios”. Quizás sea también este el primer grado de nuestra conversión en el monasterio: tomar conciencia que no hemos dejado el mundo como un acto de generosidad de nuestra parte, sino más bien que nos presentamos a tocar la puerta como unos mendigos... necesitados de la misericordia de Dios y de la acogida de una comunidad. Pasar de una autoconciencia de héroes a otra de mendigos no es nada fácil, o dicho de otro modo: puede ser extremadamente doloroso darse cuenta de que no somos nosotros los que hemos dejado el mundo, sino que el mundo se ha desentendido de nosotros... Sin embargo, también están esos que llegan al monasterio con una parte del camino ya más recorrido, y están más adelantados en esta conciencia más verdadera de sí mismos... Curiosamente en el discernimiento vocacional se desconfía más de los mendigos que de los que se presentan como héroes o campeones... ¿y no debiera ser al revés?

A veces, lo que se trae en el corazón al ingresar al monasterio no es temor de Dios realmente, sino más bien un sentimiento de culpa que puede ser tóxico para el alma, porque no lleva a la humildad sino que potencia un complejo de inferioridad que puede ser un caldo de cultivo para el mal espíritu de la tristeza que siempre está al acecho en el claustro de un monasterio. Con la ayuda de un buen padre espiritual y de la oración, ese falso sentimiento de culpa podrá ir purificándose y poniéndose en evidencia, de manera que vaya dejando lugar al auténtico temor de Dios, ese que no tiene que ver con el miedo y que endereza la senda hacia la verdadera humildad. Algunos, sin embargo, mal aconsejados, pueden desviarse del buen camino y de “culpables” se transformarán en “víctimas”, produciendo grandes dificultades y trastornos en las relaciones con sus hermanos de comunidad... Si los “culpables” pecan de exceso de sentido de responsabilidad, las “víctimas” se caracterizan por lo contrario, es decir por una excesiva “irresponsabilidad”, en el sentido de que siempre habrá alguien a quien endosarle la culpa de sus supuestas desgracias...

En la medida en que progresa en la humildad y en la fe, el monje puede ir dejando su condición de culpable o de víctima, para abrirse a la posibilidad de una serena y gozosa conciencia de miserabilidad, de saber que es pecador pero no corrupto... de asumir sin miedo la responsabilidad de la propia vida... porque crece una certeza de que es Cristo quien nos salva, y que con su Pascua ya en esperanza hemos sido salvados... Así entonces, como en buen ladrón, podemos volvernos hacia Jesús y decirle simplemente: *“acuérdate de mi cuando vengas con tu reino”* (Lc 23,42).

En la estabilidad de una comunidad...

Dejar el mundo falsamente puede conducir a una “soledad cómoda”... Entonces el recinto del monasterio se transforma no en un “claustro” sino en una clausura donde al mundo no se lo deja entrar porque se percibe como una amenaza a esta “soledad cómoda”... Y se termina canonizando hipócritamente lo que es calificado como “monástico”, y anatematizando, como contraparte, lo que se desprecia con la expresión “no es monástico”...

Me gusta imaginar el monasterio como una especie de portaviones, donde los monjes son como los aviones que se sirven del monasterio como una plataforma desde la cual despegan para volar en el cielo con libertad... y hacia la cual vuelven para cargar bencina, reponerse, alimentarse y descansar...

En la relación con los hermanos, en la oración común, en el refectorio, en los recreos, en los distintos servicios en el monasterio, el monje, siempre que elija progresar en la humildad y en la fe, va dejando su “soledad cómoda” y se va abriendo a un encuentro con otros, con un prójimo que será siempre distinto, por más que a veces pueda ser percibido como idéntico en gustos, afinidades, puntos de vista. Dejar esa “soledad cómoda” para abrirse a la posibilidad de un encuentro es un verdadero éxodo desde lo subjetivo a la realidad. Dios me sale el encuentro, me busca, vestido de un prójimo, que mi subjetividad percibirá como distinto o idéntico, siendo que en realidad no es ni tan distinto ni tan idéntico... Convertirse a un encuentro es aprender a no rechazar al que se percibe como distinto y a no “perdersé” en ese que en afinidades es igual a mí... El encuentro de comunión respeta siempre la alteridad del otro...

En camino hacia el Padre...

“Siento en mi interior la voz de un agua viva que me habla y me dice “Ven al Padre” (san Ignacio de Antioquía).

El abad en el monasterio “hace las veces de Cristo”... y hace también como contrapunto entre el monje y la comunidad, animando a uno y otro a abrirse para acogerse recíprocamente. Para el monje el camino de la obediencia, siempre que se haga en un progresivo espíritu de humildad y de fe, es un camino filial, un camino terapéutico y de restauración filial, donde el abad puede tener un rol importante, si es que se anima a ser algo así como un “ícono” del Padre... y no transformarse en un ídolo, es decir, en un falso pastor como esos que describe el profeta Ezequiel y que comenta san Agustín... El ícono es transparente, como una puerta hacia Dios... el ídolo, en cambio, atrapa, enreda en su propia red... En todo caso, la sola presencia de un abad, más allá del grado de su interacción directa con el monje en particular, es como un signo del camino filial hacia el Padre, que para nosotros cristianos pasa necesariamente por Cristo, que es la puerta al corazón del Padre....

Uno de los principales obstáculos en este camino-itinerario filial es tal vez la herida que podemos traer de nuestro hogar paterno, donde un padre o una madre pudieron comportarse de manera autoritaria, despreocupada o ausente... La imagen del padre, y por tanto de la autoridad, aparecen bastante desprestigiadas en nuestra sociedad actual... y en estas circunstancias se puede reconocer cuánto valor e influencia positiva pudiera tener el ministerio de un abad o de una abadesa en una comunidad...

Para quienes nos tocó asumir el ministerio abacial antes de tiempo uno se puede consolar asumiendo que se aprende también a ser hijos haciendo de padre, o que se puede restaurar y sanar también la propia herida filial contribuyendo a restaurar y sanar la herida filial en los hermanos, siguiendo esa lógica del evangelio de que dando es que uno recibe...

¿Qué es un buen abad? Esto lo pregunto pensando especialmente en quienes están comenzando y son nuevos en este ministerio... El abad es, en primer lugar, un hijo y, por lo tanto, está llamado también a seguir creciendo en su propio camino filial... Ser abad no es una identidad definitiva, porque la identidad fundamental de todo cristiano es la de ser hijos en el Hijo, que es Cristo... Más

que ser abad, quizás sea más indicado decir que a uno le toca ejercer el servicio o ministerio de abad... y entender esto así pienso que simplifica mucho las cosas, descomprime, afloja el nivel de auto exigencia que puede llegar a ser tóxica... Entendiendo así las cosas, entonces el abad se puede permitir, razonablemente, no tener que sabérselas todas, que puede equivocarse, ser vulnerable, ser imperfecto... porque también él está en camino... Me gustaría saber cómo se van a dormir los abades y abadesas aquí presentes: ¿se quitan la mitra, la cruz pectoral, el anillo?... Yo les propongo a mis hermanos y hermanas irse a dormir no como abades y abadesas sino como personas normales... como hijos e hijas muy amados de Dios... porque el dormir es ya en sí un acto de abandono, de confianza, como hace un niño pequeño en brazos de su madre o de su padre... De esta manera el abad podrá dormir tranquilo, descansar... quizás incluso hasta se acuerde de lo que ha soñado...

El abad “hijo de Dios” podrá animarse a dejar brotar en su corazón un anhelo filial y paternal al mismo tiempo: que Dios pueda ser Padre en él para sus hermanos... “dejar que Dios sea Padre en mí para otros”... De esta forma aparece sencillo entonces ejercer el oficio de un abad, aunque esto no significa necesariamente que sea fácil... No se trata tanto de que el abad haga muchas y relevantes cosas, no tiene que preocuparse de dejar un legado para la posteridad o los libros de historia, sino que más bien se trata de dejar hacer a Dios en él para otros... A veces también el abad tiene cualidades humanas que lo apuntan como un excelente administrador, un buen conferencista, o un gran prestigio en el mundo laico... pero estas cualidades no son las que necesariamente san Benito señala como primordiales... basta que conozca bien sus debilidades y fortalezas para que así pueda compartir con otros, razonablemente, su responsabilidad... No es necesario tener una mente brillante, pero el sentido común aparece como algo necesario... Me gusta la definición del abad como un “servidor de la comunión”... creo que se trata de una expresión muy acertada...

Finalmente...

¿Se puede hablar de una misión de la vida monástica?

Pienso que la misión de la vida monástica es ayudar al monje en su deseo de buscar a Dios, y también despertar y acrecentar en él ese deseo. En la medida que el monje va “progresando en la vida monástica y en la fe”, en ese contexto

favorable y privilegiado que supuestamente debiera brindarle el claustro, en el marco de una comunidad, bajo la guía de una Regla y un abad... Si este progreso espiritual se va realizando realmente en el corazón del monje, entonces se irá encendiendo en él una luz, que no es otra que la Luz de Cristo que desde nuestro bautismo fue encendida en nuestros corazones... La misión de un monasterio es avivar esa luz en los corazones de los monjes, y en la comunidad...

En la cueva de Subiaco brilla siempre la luz de una candela encendida, con la inscripción que dice “san Benito patrono de Europa”... Este signo puede confirmarnos cuánto es fecundo el ideal benedictino, porque no se limita a buscar salvar a un monje y a una comunidad... sino a través de ellos llevar la salvación de Cristo al mundo... reflejando la compasión de Cristo ante el sufrimiento... haciendo brillar el rostro de Cristo en el huésped, el peregrino, el pobre que viene al monasterio... reflejando la paternidad de Dios que se nos ha manifestado en Cristo... en fin, siendo ante el mundo testigos de esperanza, la esperanza de que en Cristo se nos han abierto a todos las puertas del Paraíso...

*Abadía de la Santísima Trinidad
Casilla 27021 – Santiago 27
E-mail: abadia@osb-lascondes.cl
CHILE*